

che ha voluto camminare tra la polvere della nostra storia: «Utinam mihi quoque pedum tuorum lotum, Iesu, reserves, quos dum in me deambulas inquinasti! [...] Et ideo vereor ne ingratus inveniar si minus diligam, cui plus dimissum est». La fiducia si basa sulla certezza che la contrizione del cuore assolva il debito e le lacrime lavino i peccati; un pianto che è dono di redenzione e che, quindi, non bisogna mai rimandare. All'epoca di Ambrogio come oggi, esiste un modo giusto di concepire e di vivere la penitenza accanto ad altri modi sbagliati (l'esigenza che sia subito restituita la comunione quasi fosse un diritto acquistato, l'accontentarsi di non partecipare ai sacramenti, l'accedere alla penitenza per continuare a peccare, la vergogna che preclude la sincerità...).

Florovskij riteneva, giustamente, che i Padri non dovevano restare rilegati a giustificazioni argomentative nei dibattiti teologici, ma diventare maestri di un teologare vitale. La nuova edizione di questi Trattati meno conosciuti di Ambrogio ci insegna, anche oggi, che la verità del *fætor erroris* non va diminuita, ma guarita. La penitenza va *cum lacrimis* accolta ed elargita con la moderazione di chi si sa, lui stesso, debitore della misericordia.

**Miguel Peraza, L.C.**

**Athanasius Schneider – Aurelio Porfiri, *La Misa católica. Pasos para restaurar la centralidad de Dios en la Liturgia***, Ediciones Cristiandad, Madrid 2023, 275 pp. Título original: *The Catholic Church*, Sophia Institute Press, Manchester (New Hampshire) 2022; traducción de José-Alberto Sutil Lorenzo.

Hoy son varios los frentes de batalla interna y de divisiones casi partidistas o ideológicas que desafían la concordia en el seno de la Iglesia católica. Uno de ellos —y de ninguna manera secundario— es el de la cuestión litúrgica. El papa Benedicto XVI intentó gestionarlo en 2007 con la carta apostólica en forma *motu proprio Summorum Pontificum*. Esta tenía el objetivo de restablecer entre los fieles la *pax litúrgica*, es decir, la armonía entre los católicos, donde todos pudiesen sentirse «en casa», y, más concretamente, un modo de solicitud pastoral hacia aquellos que habían roto la comunión con Roma en julio de 1988. De este modo, ratificando sin ambages las enseñanzas del Concilio Vaticano II —y, en particular, el empeño ecuménico para restablecer la unidad perdida—, buscaba entenderlas según una hermenéutica de continuidad con la Tradición bimilena de la Iglesia. El problema, en efecto, no reside simplemente en el rito externo, sino en las raíces y en las subsiguientes consecuencias teológicas surgidas de la cuestión si el «dogma rezado» sea el mismo o no de las generaciones de católicos que nos han precedido. La ruptura pone un serio problema de identidad a cualquier organismo vivo.

En esta coyuntura, Ediciones Cristiandad publica el libro de Mons. Atanasio Schneider, obispo auxiliar de Astaná (Kaza-

jistán). El autor se dirige a sus lectores como a hermanos, no pelea como contra un enemigo: *Nolite dare sanctum canibus neque mittatis margaritas vestras ante porcos, ne forte conculcent eas pedibus suis et conversi dirumpant vos (Mt 7,6)*, por más que critique algunas situaciones concretas y exponga por qué las considera nocivas. El intento de este libro es, en efecto, como señala la nota del traductor, «recuperar la centralidad de Dios» en la Misa. La Liturgia es atemporal: se trata del Misterio mismo del Dios inefable y, a la vez, hecho hombre, que se hace presente *hinc et nunc*, por encima de la caducidad de la historia. A este respecto, *La Croix* ha publicado recientemente (21 de marzo de 2024) una entrevista al P. François Esperet, profesor del seminario ruso ortodoxo de Épinay-sous-Sénart, cerca de París. A la pregunta «Qu'est-ce qui nous est donné de vivre au cœur de la divine liturgie?», su respuesta expresa, paradójicamente, la misma de la Tradición latina: «La participation de l'homme à la vie divine»; respuesta que tiene *in primis* un valor ontológico, no reducible a lo emotivo ni al beneficio moral. La Liturgia es acción teándrica, labor salvífica del Dios encarnado, obra divina —Θεῖα Λειτουργία—, antes que un modo comunitario de oración. La Liturgia cristiana se focaliza en Dios que se dona, no en la asamblea que le busca.

El libro se divide, pues, en doce capítulos que consideran la santa Misa desde variadas angulaciones:

1°. La Misa como oración. La *actuosa participatio* nada tiene que ver con el protagonismo escénico. Tampoco es necesario que cada uno comprenda cada gesto particular o sentencia enunciada: aun reconociendo la inefabilidad del

Misterio, se trata de un esfuerzo personal de escucha interior a quien se dona en lo íntimo, no de un pretexto para la instrucción catequética.

2°. Como adoración, en cuanto implica fe en la presencia real de Cristo.

3°. El rito, que no hay que confundir con exterioridades ni formalismos, ni tampoco con un edificante espectáculo popular. Este aspecto de la Misa subraya, por el contrario, la importancia y la dignidad de la dimensión física o corporal del ser humano, así como su naturaleza comunitaria, eclesial. Realismo antropológico ya cristalizado en el principio de san Próspero de Aquitania, «Legem credendi lex statuat supplicandi» (cf. *De gratia Dei et libero voluntatis arbitrio*, 8: PL 51, 209C).

4°. La Misa como actualización del sacrificio de Cristo. Ella es el *sacramentum crucis*, el evento del Gólgota y del sepulcro vacío hecho presente mística y realmente. El autor hace notar que esta concepción de la Misa ha sido opacada en cierta interpretación del *novus ordo Missæ*, cosa que nunca estuvo en la intención de S. Pablo VI, según el testimonio de Jean Guitton, su amigo personal, testigo y promotor del Concilio Vaticano II. La Misa como sacrificio nos enraíza, además, en los albores de la Revelación veterotestamentaria, de la cual Cristo es cumplimiento y plenitud, «qui non habet necessitatem cotidie, quemadmodum pontifices, prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi; hoc enim fecit semel semetipsum offerendo» (*Hebr* 7,27).

5°. El esplendor debido a la Misa no se identifica con la exterioridad del fasto mundano, nada tiene que ver con acepciones socioeconómicas. Por el contrario,

reconoce nuevamente valor y dignidad a nuestra realidad corporal: el enamorado no conoce medida, el enamorado no es tacaño y desprecia la mezquindad. Dicha actitud significa, entonces, dignidad, aun «en condiciones muy modestas, como ocurrió en el desierto con los eremitanos, o de forma clandestina, en una celda de prisión». Este capítulo ofrece una indispensable reflexión sobre el arte sacro —diverso del arte religioso— en sus múltiples formas. En la Liturgia, cada sentido debe elevarse estéticamente, «espiritualizar». El arte sacro es, en efecto, una *elevatio animæ ad Deum* y expresa la belleza de la fe creída y celebrada. De allí la importancia, asimismo, del *ars celebrandi*.

6°. La Misa es acción sagrada. «Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. [...] por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia» (cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7). En cuanto Cuerpo místico de Cristo, en la Iglesia, las diversas funciones de los miembros son dignas y necesarias, aunque especializadas. Como ocurre en una sinfonía cada instrumento ha de tocar su parte, sin apropiarse indebidamente de la que no le corresponde.

7°. Es también acción de gracias, *Εὐχαριστία*. En ella, el Pueblo de Dios hace suya la acción de Cristo sacerdote y con Él la ofrece al Padre en favor nuestro. De ella, la vida cotidiana, con sus «gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren» (cf. *Gaudium et spes*, n. 1), se transforma en acción de gracias y ofrecimiento agradable y acepto al Padre.

8°. La Misa es escucha de Dios. El capítulo valora la proclamación de la Palabra

de Dios. La división de la Liturgia en dos partes parece separar lo que, en realidad, es una indisoluble unidad: la Palabra de Dios proclama al mismo Verbo encarnado que se nos ofrece también como alimento. Una mención particularísima ha de hacerse al valor insoslayable del silencio orante y atento. Ese silencio es participación que tiene a Dios como protagonista.

9°. La Misa es vida de la Iglesia. El capítulo subraya la importancia de la dimensión eclesial-comunitaria de la Misa. En ella no sólo amamos a Dios sobre todas las cosas, sino también al hermano, junto al cual caminamos: *sentire cum Ecclesia*.

10°. Es fuente de salvación, culmen de la misión de Jesucristo que continúa en la misión de la Iglesia, en su suplica y compromiso por las necesidades de los hombres, de todo el mundo.

11°. En cuanto servicio sagrado, la Misa es el culto oficial de la Iglesia. Se reflexiona sobre el sacerdocio ministerial y la naturaleza jerárquica —ordenada, armónica, sinfónica— de la Iglesia.

Y, 12°. El carácter escatológico del banquete nupcial del Cordero, del que ya participamos, aun en la temporalidad de la historia, en cada Misa. En consecuencia, el autor advierte contra el peligro de vulgarizar o hacer fútiles las expresiones litúrgicas de lo sagrado.

El libro cuaja cada capítulo con un riquísimo aparato de referencias patristicas y del Magisterio. La conclusión sintetiza y recapitula la tesis fundamental: la centralidad de Dios en la Liturgia y, por lo tanto, en la vida de la Iglesia. Ojalá que esta lectura resulte útil y provechosa para construir puentes de diálogo entre los católicos.

**Miguel Peraza, L.C.**